

de la envidia de sus hermanos que proyectaban darle muerte : Vos protegisteis á vuestro siervo Moisés, y vuestro poder no ha disminuido, porque es inmutable. Si con tanta bondad lo habeis manifestado en tantas ocasiones, escuchad mi oración y devolvedme á mi padre, que en Vos tiene puesta toda su esperanza, y haced que los que conocen vuestro santo nombre tengan en mi libertad un nuevo motivo de admirar la grandeza de vuestro poder ».

« Así continué mi oración hasta que hubo salido el sol, y poco despues los bárbaros que, hartos de vino, se habian quedado dormidos, despertaron con grande tumulto, y llenos de ira por habérseles pasado el tiempo del sacrificio. Les extrañó verme solo, y me preguntaron donde estaba el otro. Les respondí que nada sabia, y ellos, léjos de maltratarme, me miraron con más dulzura. Esto me animó un poco, y di gracias á Dios en lo más íntimo de mi corazón, y aumentaba mi valor á medida que experimentaba su divina protección. Quisieron los bárbaros invitarme á comer manjares prohibidos, y que viviere con ellos ; pero les hice conocer que estaba obligado á guardar abstinencia, y Dios me concedió la gracia de sostenerme en mi deber. Por último, no sé lo que concertaron entre sí ; ello es que, al aproximarnos á paises habitados, vinieron á la aldea de Suca, y me pusieron en venta. »

« Cuando vieron que nadie queria dar por mí el precio que pedian, me colocaron en una de las puertas de la aldea con una espada sobre el cuello, indicando con esto que, si no se apresuraban á sacarme de su poder, me cortarían la cabeza. Entónces me ví en mayor peligro que nunca, y pedia con lágrimas en los ojos á los que transitaban, que me salvarsen la vida, asegurándoles que, si me rescataban, no perderian nada. Por último, un hombre, que se llenó de compasión, contrató mi rescate ; y á este alma caritativa

debo la dicha de encontrarme aquí. Pero como veo, padre mio, que este relato os hace sufrir mucho, dejemos la narración de mis padecimientos, y demos gracias al Señor por encontrarnos juntos, y por haberme demostrado de una manera tan sensible los efectos de su divina protección ».

Tal es, en sustancia, el relato que Teodulo hizo á su padre de su cautividad y del modo con que Dios le devolvió su libertad. El que le compró volvió á venderle al obispo de Elusa, quién le trató con toda la consideración y caridad, que podia esperarse de un ministro de Dios. Hizo todos los esfuerzos posibles, para que tanto el padre como el hijo olvidasen lo que habian sufrido : les colmó de atenciones, y les obligó á que permaneciesen á su lado, prometiéndoles ejercer sobre ellos un cuidado especial. Elevó á Teodulo á la clericatura, confiándole el ministerio de la sacristía y de la puerta, pues reconoció en él una virtud eminente, y esperaba elevarle á más alto grado. Sin embargo, como suspirasen por su retiro, y no quiesiese el obispo prevalacerse del derecho de rescate que tenia sobre Teodulo, usó de su autoridad para ordenarles sacerdotes, por más que le rogasen con lágrimas que no les confriese esta sagrada dignidad, que consideraban muy superior á sus virtudes, concediendo de esta manera á la piedad que en ellos veia, lo que sólomente rehusaban por humildad. Les proveyó también de medios para que hiciesen su viaje, y los despidió con señales inequívocas de estimación y entrañable afecto, deseándoles las bendiciones del Señor.

San Nilo manifestó á su hijo el voto que habia hecho, en el tiempo de la aflixió, de abrazar una piedad más perfecta y austera que ántes, y Teodulo propuso secundar sus designios con todas sus fueras. Volvieron al desierto de Sina, y con paz y tranquilidad se entregaron á los ejercicios de su estado. Despues de esto nada sabemos de su



vida : sólomente se dice que san Nilo escribía aún en 430 para la edificación de los religiosos. El Martirologio romano hace memoria de san Nilo en 12 de Noviembre, y de san Teodulo en 14 de Enero, uniéndolo a éste á los santos mártires que en este día se celebran : pues que estuvo estrechamente unido á ellos en vida, y hubiera muerto como ellos, si Dios no le hubiese reservado para consuelo de su padre.

Dice Nicéforo que el emperador Justino el Joven, que reinó desde 565 hasta 578, trasportó el cuerpo de san Nilo á Constantinopla, colocándolo en la Iglesia de san Pedro y san Pablo, que habia hecho edificar para hospital de huérfanos. Lo mismo confirman los Griegos en sus *Méneos*, y dicen que también fueron trasladados san Teodulo y otros muchos ascetas, que se cree ser los que fueron asesinados por los sarracenos, cuando estos llevaron cautivo á Teodulo. En efecto, en la misma iglesia se honra su memoria.

Réstanos hablar de estos santos mártires. Mientras que los sarracenos, como hemos dicho, llevaban consigo á Teodulo, despues de haber dado muerte al sacerdote de este nombre y á algunos otros, de quienes hemos hablado, recorrieron el desierto y mataron á cuantos seglares encontraron en el camino, entre otros á un senador de Farán, llamado Magadón que habia ido con una comisión juntamente con un oficial de policia. Queriendo este hacer resistencia, fué hecho pedazos con toda su gente, y por lo que á Magadón se refiere, le dieron esperanza de dejarle ir con su hijo, y le sentaron á su mesa. Pero al mismo tiempo dieron muerte á dos de sus criados, y á él y á su hijo los enviaron, como para mayor seguridad, con una escolta, á la cual dieron orden secreta de matarles en el camino. El esclavo que debia ser inmolado al mismo tiempo que Teodulo, pertenecía también al senador Magadón.

Al día siguiente se pusieron en marcha los bárbaros, y despues de atravesar montañas y cruzar caminos muy difíciles, llegaron á un paraje que les pareció muy cómodo y agradable, porque habia agua con que satisfacer su sed y lavarse, y pastos para los camellos.

Quedaron tan encantados de aquella hermosa campiña que no pensaron más que en danzar y cantar. Entregábanse á estas expansiones, cuando, dirigiendo sus ojos á la ladera de una montaña, distinguieron una pequeña celda. Corrieron todos á ella, deseando cada cual ser el primero en llegar. Era la morada de un anciano solitario, cuya puerta estaba cerrada con algunas piedras para impedir la entrada de las bestias feroces. Se abalanzaron aquellos bárbaros, más crueles que las fieras ; sacaron al anciano, y sin consideración á su edad ni á su virtud, le cubrieron de piedras, pues habian dejado las armas en el campo. No sólomente no opuso resistencia alguna el santo varón, sino que no demostró la más leve turbación, sufriendo con paciencia los tormentos, y sometiéndose á la muerte con la dulzura de manso cordero. Pero lo más horrible es, que, cada vez que descargaban sobre él una piedra, palmoteaban y prorumpian en careajadas de risa. Internáronse más adelante, y encontraron á un religioso joven, cuyo pálido rostro y aire mortificado daban á entender que no vivia más que de la abstinencia. Le apedrearon también, y mientras despiadadamente lo hacían, les daba las gracias, porque le libraban de los peligros de la vida, precisamente cuando se hallaba en los primeros fervores de su profesión, y porque no tendria que temer la inconstancia de la fragilidad humana, que muchas veces se engaña en sus mejores resoluciones.

Habia no lejos de aquel lugar un terreno abundante en pastos y árboles de espléndido follaje. Lo recorrieron y encontraron á otro religioso joven, que á una gran fortale-



za de espíritu unía una virtud eminente. Quisieron obligarle á salir de su celda y despojarle de su hábito, prometiéndole no matarle si les mostraba la morada de los demás religiosos. Más él les respondió con ánimo intrépido: Sé en donde están los otros religiosos; pero no lo diré. No permitiré que me despojeis de mi hábito, ni que veais la desnudez de mi cuerpo, que yo nunca he visto. Por último, no me arrancareis de mi celda: ésta me servirá de tumba antes que me lleveis cautivo. — De esta manera se expresó este jóven, que tenia como máxima, que un religioso que se ejercita en los trabajos de la penitencia, debe elevarse con corazón esforzado sobre todas las debilidades de la naturaleza, y sacudir toda pusilanimidad: pues si la muerte, decia, que se nos puede dar con un solo golpe, nos espanta, y nos hace ceder á la tentación, ¿como podríamos sufrir largos y crueles suplicios?

Esta grandeza de alma, que debería excitar la admiración de estos bárbaros, no hizo más que irritarlos, y todos á una descargaron sobre él los golpes de sus espadas, acribillando materialmente su cuerpo. Degollaron despues á otros tres solitarios que encontraron en el camino, arrojándose sobre ellos con tanta mayor ferocidad, cuanto más irritados estaban con la resistencia del anterior. Humeaban aún sus espadas con la sangre de estos santos, cuando descubrieron otras dos celdas, corriendo á ellas con el mismo furor, y dividiéndose en dos bandos, porque las celdas estaban separadas unas de otras como unos treinta estadios. Uno de los solitarios que los vió venir, emprendió la huida; pero le alcanzaron las flechas, y cayó en tierra. Acercáronse los asesinos, y le abrieron en canal, llevando su crueldad hasta el extremo de picarle las entrañas. No se saben los sufrimientos que padeció otro, á quien mataron en su celda.

San Nilo dejó consignados los nombres de estos santos

solitarios y los lugares que habitaban. Proclo fué martirizado en Bethrambé, Hipaco en Geth, Isaac en Salael, Macario y Marcos en la soledad de Dehors, Benjamín en Elim, Eusebio en Thola, y Elias en Azé<sup>1</sup>.

No podemos pasar en silencio los sentimientos heróicos de la madre del jóven solitario, que con la más firme constancia se resistió á manifestar las celdas de los demás religiosos. Tan luego como esta mujer, fuerte y digna de semejante hijo, supo que habia sido martirizado, animada de la fé de los más grandes santos, se adornó con sus mejores vestiduras, como en los dias de mayor solemnidad, y dando libre curso á su celo, levantó sus manos al cielo, y dirigió á Jesucristo estas bellísimas palabras, que san Nilo pone en su boca. Os habia dado á mi hijo, y vos me lo habeis conservado por toda le eternidad: lo habia confiado á Vos, y ya goza de vuestra presencia. No considero su muerte como una pérdida; tan sólo atiendo á que con esta dichosa muerte se ha quitado de todo peligro de ofenderos. Que su cuerpo haya sido cubierto de heridas, que haya sufrido una muerte cruel, nada me impresiona, pues sus tormentos han sido pasajeros, y me proporcionan el inefable consuelo de saber que ha terminado su vida, entregándose en el combate que ha sostenido su alma pura é irreprehensible. Su martirio es una recompensa y las heridas que ha recibido son otras tantas coronas de gloria. ¡Ojalá hubiera recibido más golpes, para que más numerosas fuesen estas coronas! ¡Cuán feliz soy por haberte llevado en mi seno! ¡Cuán bién me has recompensado los dolores que sufrí al darte á luz! ¡Cuanta gloria me proporcionas con le educación que te he dado! ¡No tengo razón para

<sup>1</sup> Tal es la opinión de Tillemont, pero no se apoya en sólidos fundamentos: pues se ha dicho que los bárbaros mataron á tres en un mismo lugar, y de los ocho solitarios que se han nombrado, sólo Macario y Márcos estaban reunidos.



esperar que he de ser partícipe de la bienaventuranza que gozas en el cielo? Si tú has combatido animosamente, yo tengo parte en tu triunfo. Tú has resistido al furor de los bárbaros, y yo he resistido á los sentimientos de la naturaleza. Tú has despreciado la muerte con generosidad, y yo me he hecho superior á la sensibilidad de la ternura materna. Tú has soportado los dolores del martirio con invencible paciencia, y yo he padecido una amargura que ha desgarrado mis entrañas. Puedo decir que he sufrido tanto como tú: porque mi continuada pena equivale á la crueldad de tu martirio. Tus sufrimientos han durado una hora; pero los míos durarán hasta el último instante de mi vida, y los sobrellevaré con sumisión, persuadida de que vives esa vida feliz que nuestra fé, que no se engaña, nos hace esperar. Tengo la seguridad de que, cuando se haya disuelto este cuerpo, en que se halla encerrada mi alma, tendré la dicha de unirme á tí en la gloria que ya posees. ¡ Ah! ¡ soy la más feliz de las madres por haber recibido de Dios un hijo que tan heroicamente ha combatido por su fé! Sí, yo me siento muy dichosa, y confío en que nuestro Señor Jesucristo, á quien posees en la eternidad, me concederá la gracia de participar contigo de la recompensa que te ha dado.

Hay motivos para creer que inmediatamente despues de su muerte se celebró la fiesta de estos santos mártires, uniéndose á la que se celebraba en memoria de los que sufrieron el martirio cien años ántes: pues era conveniente no hacer más que una solemnidad á causa de la grande muchedumbre que acudia aún desde grandes distancias.

#### DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN NILO

Con mucha justicia dieron los griegos á san Nilo el título de sabio por excelencia; título que mereció no sola-

mente por su insigne piedad, sino también por sus escritos llenos de admirable sabiduría. Como estaba dotado de elocuencia, se sirvió de ella para combatir los errores y los vicios, y para inspirar el amor á la virtud, y lo hacia de una manera tan agradable, tanto por el estilo como por los pensamientos, que no se podían leer sus escritos sin admirar y gustar la satisfacción y edificación que producian sus instrucciones. Tal es el juicio que emite Nicéforo, al cual es preciso unir el de Focio y otros autores que tuvieron ocasión de hablar con él.

Sería de desear que tuviésemos una edición completa de sus obras; pero hasta el presente sólo se han dado á luz algunos trozos. Únicamente consignaremos aquí algunas de sus máximas ascéticas que más se acomodan á nuestro designio, sin ocuparnos de las que se refieren al dogma, que pueden consultarse en sus obras, así como en las de Tillemont, Dom Ceiller y otros, que se han ocupado de ellas. Haremos notar, sin embargo, que muchas veces se valia del ridículo para combatir los errores y hacer sentir mejor su absurdo. Por ejemplo, habiendo enseñado Carpión, hereje valentiniano, entre otras necedades, que todas las aguas procedían de su *Acamot*, le preguntó un católico, si esto debía entenderse tanto de las aguas dulces como de las saladas. Carpión no supo responder, y san Nilo le escribió dos días despues, mofándose de su doctrina, que debía responder que las lágrimas de *Acamot* habían producido las aguas saladas, y su sudor las dulces.

Las principales obras de este Santo son: un tratado de la vida monástica; otro titulado *Peristeria*, dirigido al monje Agacio, en que habla de la virtud y de las fatales consecuencias del vicio; otro acerca de la pobreza voluntaria dedicado á Magna, diaconisa de la Iglesia de An-cira. Paladio hace grandes elogios de esta diaconisa en su